

LA OCUPACIÓN HUMANA DE LAS NACIENTES DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN EL RANGO 3000-1000 A.P.: EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS, DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS

Juan B. Leoni*

María Isabel Hernández Llosas**

ABSTRACT

The development of village societies with herding-farming economy took place in the South Central Andes between 3000 and 1000 B.P. However, this process remains poorly understood in the area of Quebrada de Humahuaca and its surroundings. Unlike other parts of northwestern Argentina and northern Chile, only fragmentary evidence from a handful of sites is available for these two millennia, thus rendering the assessment of the particularities of this crucial cultural process in this specific area extremely difficult. In this paper we present and discuss archaeological information from the northern sector of Quebrada de Humahuaca, where we are currently carrying out investigations, organizing it diachronically in three temporal segments (ca. 3000-2800 B.P.; ca. 1900-1800 B.P.; ca. 1600-1300 B.P.). We then contextualize it in a broader spatial picture, trying to piece together the available information to build a preliminary discussion of the cultural process that unfolded in the area in the two millennia considered. We emphasize along the discussion the fragmentary nature of the available archaeological evidence, and point out potential shortcomings of the theoretical models employed so far. We discuss how both factors prevent the development of a fine-grained chronology and a sophisticated characterization of the social landscapes of these two millennia.

Keywords: *Quebrada de Humahuaca – chronological segments – archaeological evidence*

* CONICET - Departamento de Arqueología, Escuela de Antropología, FHya, UNR.

** CONICET - Instituto de Arqueología, FFyL, UBA.

INTRODUCCIÓN: CONCEPTOS Y ESCALAS DE INVESTIGACIÓN

En este trabajo discutimos la información arqueológica disponible para el lapso 3000-1000 A.P. en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. Los autores hemos desarrollado investigaciones en esta zona, inicialmente de manera individual y actualmente de manera conjunta en el marco de un proyecto general que se enfoca en el análisis de las formas de ocupación e interacción humanas a través del tiempo. Las investigaciones pasadas y en curso han producido variada información correspondiente al lapso considerado en este trabajo e intentamos sistematizarla aquí desde una perspectiva diacrónica, discutiéndola y situándola en un contexto regional más amplio, constituido principalmente por áreas aledañas como el sector medio de la Quebrada de Humahuaca, la Puna jujeña, y las yungas y valles orientales jujeños y salteños.

El rango temporal considerado coincide mayormente con el Formativo de las periodizaciones en uso en el Noroeste argentino (NOA), aunque aquí optamos por no emplear dicha categoría, al menos en su sentido teórico y cronológico original. La información arqueológica disponible indica que en distintos lugares de los Andes Centro Sur se manifestaron durante este lapso, aunque con marcadas variaciones locales y temporales, importantes cambios culturales, que implicaron la transformación sustancial de la organización de la subsistencia, el asentamiento, la tecnología, las estructuras sociales intra e intergrupales y las formas de concebir el mundo. En este proceso, las prácticas económicas productivas agropastoriles, la instalación en aldeas estables y la introducción de nuevas tecnologías jugaron un rol central, sirviendo tradicionalmente para definir arqueológicamente al Formativo en el NOA. Sin embargo, este concepto, útil en un principio para describir un momento del desarrollo cultural prehispánico, ha ido perdiendo su valor al quedar reducido a una categoría fuertemente ahistórica, esencialista y tipológica, que subsume una diversidad de experiencias espaciales y temporales bajo un modelo ideal de sociedad inspirado, en última instancia, en el Neolítico childeano. Diversos autores han señalado los aspectos inadecuados del concepto e intentado reformularlo desde distintas perspectivas teóricas, reemplazarlo por otras categorizaciones o directamente abandonar su uso (*e.g.* Olivera 1988; Korstanje 2005; Lumbreras 2006; Staller 2006; Uribe 2008; Delfino *et al.* 2009; Franco Salvi *et al.* 2009; Muscio 2009). Teniendo en cuenta esto, hemos preferido abordar la problemática desde una perspectiva históricamente situada, buscando caracterizar el devenir humano en un lugar y tiempo específicos a partir del análisis de las evidencias arqueológicas. Nos focalizamos en las características de conformación y cambios ocurridos en las sociedades que habitaron este espacio durante estos dos milenios, tanto en su relación con el entorno ambiental como en su dinámica intra e intergrupala, y priorizamos la construcción de una secuencia local específica que de cuenta de la evidencia disponible, más que la adecuación a modelos teóricos y esquemas cronológicos predeterminados.

Si bien la Quebrada de Humahuaca es una de las regiones arqueológicamente más investigadas del NOA, el conocimiento de la secuencia cultural prehispánica es desigual. En efecto, para los momentos previos al año 1000 A.P. se dispone de mucha menos información que para los momentos más tardíos de la secuencia. Los sitios conocidos para el lapso 3000–1000 años A.P. son pocos, y aunque la información ha aumentado gradualmente en los últimos años, sigue siendo por lo general muy fragmentaria, supeditada en muchos casos a hallazgos accidentales por acción de factores antrópicos o naturales. Si bien las sociedades

que habitaron la Quebrada de Humahuaca y áreas aledañas parecen haber compartido muchas de las características mostradas por grupos contemporáneos de otras partes del NOA, la escasez de información obliga muchas veces a recurrir a inferencias interpretativas basadas en la comparación con otras áreas mejor conocidas (*e.g.* Quebrada del Toro, Valles de Tafi, Hualfin y Santa María) o en modelos teóricos de desarrollo sociocultural que predicen sociedades con ciertas características para estos momentos de la secuencia prehispánica, obviando de esta manera potenciales matices específicos que podría haber tomado el proceso cultural humahuaqueño. Asimismo, esta misma escasez de información lleva muchas veces a considerar toda la evidencia disponible para un lapso de casi dos milenios como un bloque único y de características más o menos homogéneas, impidiendo discernir variaciones a través del tiempo y el espacio.

La escala espacial de este trabajo corresponde al sector norte de la Quebrada de Humahuaca, donde se localizan sus nacientes. Esta zona se encuentra disectada por varias quebradas que discurren en sentido norte-sur, procedentes de la vertiente occidental de la Sierra de Santa Victoria y que desembocan en la margen izquierda del río Grande, que corre aquí con sentido noroeste-sureste. Este sector general se interpone entre la Puna al oeste y al norte, la vertiente oriental de los Andes y tierras bajas hacia el este, y el sector medio de la Quebrada de Humahuaca hacia el sur, constituyendo una especie de “umbral” geológico, geográfico y ecológico donde estos diferentes ambientes convergen, posibilitando el acceso directo desde y hacia cada uno de ellos (Hernández Llosas *et al.* 2009). Dentro de este entorno espacial general, nuestra investigación se concentra en las cuencas formadas por tres quebradas, Chaupi Rodeo, Corral Blanco y Cóndor, así como en los alrededores del actual pueblo de Tres Cruces (Figura 1). Cabe destacar que entre las dos primeras quebradas mencionadas se ubica la Quebrada de La Cueva, considerada por algunos autores como la prolongación natural de la Quebrada de Humahuaca y vía de acceso natural hacia el Altiplano boliviano en el pasado (*e.g.* Casanova 1933), que está siendo actualmente estudiada por otro equipo de investigación (Ramundo 2012), razón por la cual sólo es tratada en este trabajo en base a información bibliográfica publicada.

A continuación se presentan las características principales de nuestra área de estudio, describiendo brevemente los aspectos físicos y ambientales de las distintas quebradas, la ocupación actual y los antecedentes de investigación arqueológica. Posteriormente se presenta brevemente la evidencia arqueológica disponible para el lapso considerado. A pesar que la información es variada, resulta claramente fragmentaria e incluso escasa para un lapso temporal tan amplio. Aún así, en vez de considerar toda la información disponible como parte de un único bloque sincrónico, intentamos aproximarnos a la interpretación del proceso cultural ocurrido en esta área a lo largo de dos milenios a través de un enfoque diacrónico. Para ello, discutimos la información disponible organizándola según tres grandes rangos temporales, que son definidos en función de los fechados radiocarbónicos (no calibrados) de que disponemos hasta el momento y que se agrupan en torno a los rangos señalados más abajo. Es necesario enfatizar que estos rangos temporales no constituyen fases cronológicas ni de desarrollo cultural per se, sino que sirven en este punto fundamentalmente como recurso heurístico para organizar la información disponible, así como para facilitar su comparación con otros sitios y/o áreas. No se descarta que en el futuro puedan efectivamente servir como base para una cronología local, o incluso regional, más fina, aunque como se discutirá más abajo, la información disponible no permite por el momento diferenciar

claramente a nivel regional los dos rangos temporales más recientes. Los lapsos sin evidencia arqueológica entre los distintos rangos son considerados provisoriamente como “vacíos de información”, aunque no de actividades en el pasado, y se espera que la profundización de las investigaciones permita llenar gradualmente dichos vacíos. Luego, se sitúa nuestra información en un contexto regional más amplio, comparándola con evidencia procedente de sitios de la Puna jujeña, el sector medio de la Quebrada de Humahuaca y la vertiente oriental jujeño-salteña, intentando caracterizar el proceso cultural que se desarrolló a nivel regional en el lapso comprendido entre los años 3000 y 1000 A.P. Finalmente, se discuten las implicancias y aporte potencial de la información proveniente de nuestra área de estudio para la comprensión de dicho proceso cultural.

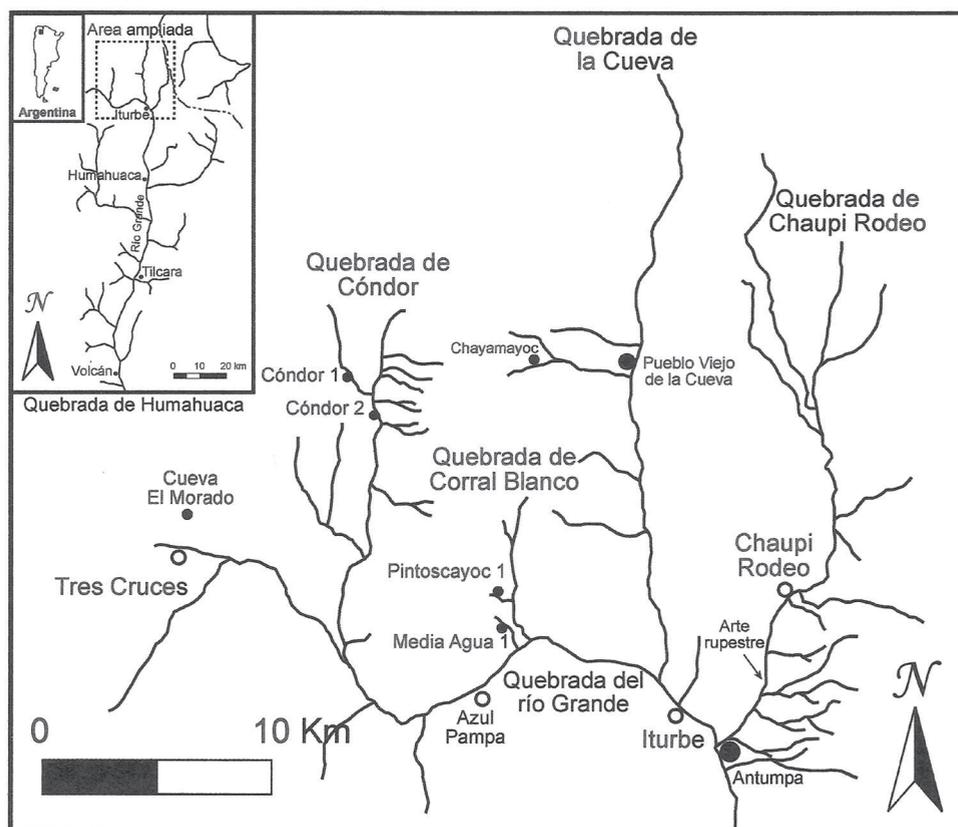


Figura 1. Mapa del sector norte de la Quebrada de Humahuaca con ubicación de sitios arqueológicos.

EL ÁREA DE ESTUDIO: ENTORNO AMBIENTAL Y ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Las quebradas de Chaupi Rodeo, Corral Blanco y Córdon comparten características ambientales generales, aunque muestran también variaciones, producto tanto de las diferencias altitudinales como de sus características geomorfológicas específicas. El clima actual es frío y

seco en invierno, y cálido y seco en verano, con gran amplitud térmica diaria. Las precipitaciones (entre 200-300 mm anuales) son estivales y torrenciales, producto de vientos húmedos provenientes del norte y el este. Las heladas son muy frecuentes en invierno (Buitrago y Larran 1994). La vegetación corresponde a las Provincias fitogeográficas Prepuneña, Puneña y Altoandina (Ruthsatz y Movia 1975), dependiendo de la altura de los distintos sectores de las cuencas que conforman. La fauna, por su parte, es la típica del Dominio Andino (Ringuelet 1961).

Los estudios paleoambientales disponibles son escasos, aunque documentan cambios significativos en el pasado en zonas cercanas. Es el caso del estudio de Jorge Fernández (1984), quien planteó que los sedimentos acumulados en las barrancas del río Grande en el paraje Esquinas Blancas (situado a corta distancia hacia el oeste de Iturbe) indicarían la existencia de un régimen hidrológico diferente al actual, sin las típicas crecientes estacionales, entre los años 5000 y 2000 A.P., resultado tal vez de precipitaciones más distribuidas a lo largo del ciclo anual. Por su parte, los trabajos de Julio Kulemeyer (2005) en la cuenca del río Yavi, también indican variaciones climáticas y morfodinámicas durante el Holoceno en la región, identificando un cese de la acumulación de sedimentos y un incremento de la incisión de los valles a partir del año 2000-1500 A.P. Asimismo, otros trabajos sugieren también la existencia en el NOA de ciclos de mayor humedad en el lapso aquí considerado (e.g. Caria *et al.* 2009), lo que resulta relevante en tanto podrían haberse visto incrementadas las posibilidades de la práctica de la agricultura en las quebradas bajo estudio, generalmente consideradas de limitado potencial agrícola en la actualidad.

La Quebrada de Chaupi Rodeo es la más oriental de las aquí consideradas (Figura 1). Tiene una extensión aproximada de unos 20-25 km y se ubica entre los 3300 y 4000 msnm. En la confluencia del arroyo Chaupi Rodeo con el río Grande se encuentra el extenso sitio Antumpa, originalmente identificado y descrito por A.R. González (1960) y uno de los escasos sitios conocidos para el lapso temporal en cuestión en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca. Fuera de esto, la quebrada registraba escasos antecedentes de investigación antes de que los autores desarrolláramos, con casi veinticinco años de separación, investigaciones en la zona (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08; Leoni *et al.* 2012). Producto de estos trabajos se dispone actualmente de un amplio conjunto material, variadas evidencias arquitectónicas y nuevos fechados radiocarbónicos que confirman que una parte substancial de la ocupación de Antumpa se encuadra en el lapso bajo estudio en este trabajo (ver más abajo).

La Quebrada de Corral Blanco es la menos extensa de las tres, con unos 7 km de extensión (Figura 1). Es muy estrecha, con una gran dinámica hidráulica estival, que hace variar constantemente su morfología y ha prácticamente borrado sus terrazas fluviales. Posee varias quebradas tributarias menores, entre las que destaca la Quebrada de Pintoscayoc, de unos 2,5 km de largo y ubicada entre 3600 y 3800 msnm. En esta última focalizó su investigación Hernández Llosas (1998), en especial en el sitio Pintoscayoc 1 (Alero de las Circunferencias) donde se identificó una larga historia de ocupación que se remonta hasta el Holoceno Temprano, así como una gran densidad de pinturas rupestres (Hernández Llosas 1998, 2000). Asimismo, en la cercana Quebrada de Media Agua se localizó el sitio Media Agua 1 (Abrigo de los Emplumados) (Figura 1), que presenta pinturas rupestres de gran relevancia para la secuencia rupestre regional y que fueron fechadas radiocarbónicamente (Hernández Llosas 1998; Hernández Llosas *et al.* 1998).

La Quebrada de Cóndor, por su parte, se extiende unos 25 km, entre 3600 y 4000 msnm (Figura 1), siendo la más cercana a la Puna, con la cual se conecta directamente a través de numerosas sendas. No registra antecedentes de investigación publicados previos a nuestras investigaciones en curso, siendo las investigaciones más próximas las realizadas por Márquez Miranda (1952) en el Antigal del Km 1.333/500 y la Cueva del Cerro El Morado (posteriormente retomada por Fernández [2000a]), en las cercanías del pueblo de Tres Cruces. La investigación sistemática se ha iniciado recientemente y las primeras prospecciones han confirmado el potencial arqueológico de esta quebrada, al haberse identificado variadas evidencias correspondientes a diferentes momentos temporales de la secuencia cultural prehispánica (Hernández Llosas *et al.* 2009; Leoni *et al.* 2013).

La ocupación humana actual de estas tres quebradas es dispar, aunque en general se ha reducido significativamente en tiempos recientes, como lo manifiestan una multitud de puestos y viviendas abandonadas. La cuenca del arroyo Chaupi Rodeo es la que registra mayor ocupación actual y subactual, con varios poblados y caseríos dispersos, así como una mayor actividad económica, facilitada por la menor altitud y por la cercanía con la vía de comunicación con la vertiente oriental y los pueblos de Iruya, Colanzulí y Nazareno (Salta). Le sigue la Quebrada de Cóndor, con una ocupación dispersa de viviendas y puestos aislados distribuidos por toda la cuenca y algunas concentraciones en lugares más amplios y con disponibilidad de agua, donde se localizan amplios canchones de cultivo y corrales. Finalmente, en la Quebrada de Corral Blanco sólo se registran canchones de cultivo y puestos de pastoreo de uso estacional, dependientes de familias que habitan en sectores más bajos, cerca del río Grande. Una vasta red de sendas atraviesa toda esta región, intercomunicando las tres quebradas entre sí y con la Quebrada de La Cueva, así como con zonas ambientales y poblaciones ubicadas hacia el norte, este, oeste y sur.

LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

En esta sección se presenta y discute la información arqueológica para nuestra área de estudio entre los años 3000 y 1000 A.P., organizada en tres rangos temporales definidos en función de los fechados radiocarbónicos (no calibrados) disponibles. Como se señaló más arriba, el propósito es intentar una aproximación diacrónica al proceso cultural ocurrido en esta área a lo largo de los dos milenios considerados, aunque los rangos presentados no constituyan en sí mismos subdivisiones estrictas o definitivas de ese proceso.

Rango ca. 3000-2800 A.P.

Este primer rango temporal agrupa a nivel regional un conjunto de evidencias escasas y diversas, procedentes sobre todo de cuevas y aleros, que situarían las primeras indicaciones de la presencia de grupos de economía agropastoril y con tecnología cerámica alrededor del año 3000 A.P. En nuestra área de estudio las evidencias correspondientes a este rango son fragmentarias, consistiendo sólo en un contexto de tipo ritual en Pintoscayoc I, evidencias indirectas de un posible asentamiento a cielo abierto en Antumpa y, tentativamente, algunos conjuntos de arte rupestre identificados en la Quebrada de Chaupi Rodeo.

El hallazgo más significativo en este rango temporal procede del sitio Pintoscayoc 1. Se trata de la denominada Estructura F, un contexto con restos humanos depositados en una fosa sobre la apertura del alero (Figura 2). En el fondo de la fosa, sobre una camada de paja, se apoyaron partes del esqueleto postcranial de un niño de 6-8 años de edad, articuladas pero con gran parte de la porción superior del torso faltante; algunos dientes acompañaban al conjunto. Asociado a los restos humanos había un puco de interior negro pulido con incrustaciones de mica formando un motivo geométrico (Figura 2). Todo el conjunto estaba tapado por cinco fragmentos de morteros planos, uno de ellos con vestigios de pigmento rojo, y un mortero plano entero. Los restos humanos se fecharon radiocarbónicamente en 2906 ± 53 A.P. (GX-20443-G-AMS) (Hernández Llosas 1998). Muy cerca del contexto se halló un caracol terrestre (*Strophocheilus oblongus musculus* [Fernández 1973]), abundante en el ambiente de ceja de selva, con abundante pigmento rojo en su interior. No se registraron otras evidencias de ocupación del alero contemporáneas con este contexto (Hernández Llosas 1998, 2000).

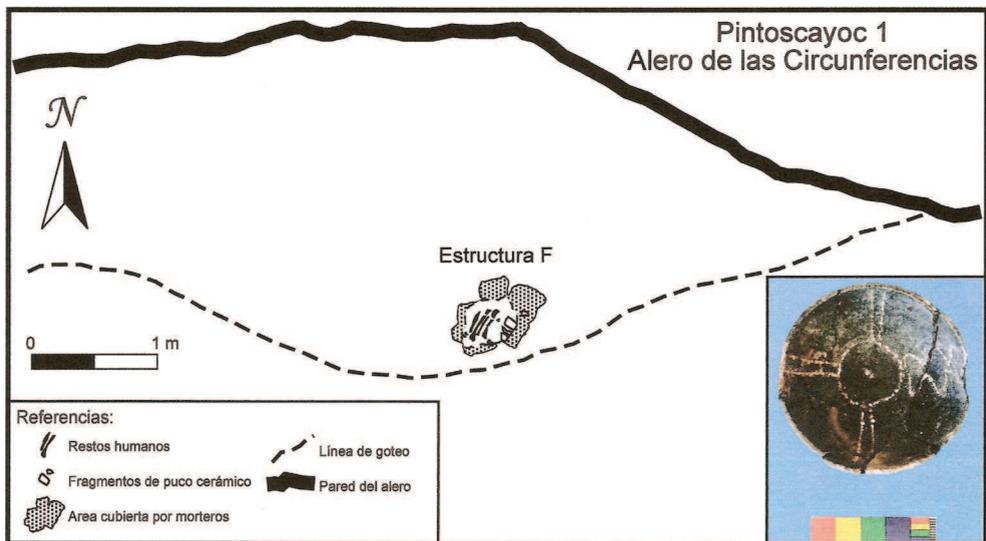


Figura 2. Pintoscayoc 1, Estructura F, entierro ritual de un niño. Derecha abajo: detalle del puco cerámico con interior negro pulido e incrustaciones de mica asociado con los restos humanos.

Este enterratorio brinda información variada, concerniente no sólo a las prácticas rituales sino también a aspectos económicos y sociales. En efecto, el análisis tecnológico del puco permitió determinar que la pasta del mismo difiere de las producidas en la Quebrada de Humahuaca, asemejándose a los materiales cerámicos conocidos como “Los Morros variante A” de la zona del río Loa, en el norte de Chile (Acevedo 2010). Esto, junto con la presencia del caracol terrestre de la vertiente oriental, resulta indicativo de la existencia de lazos de interacción o intercambio con grupos que habitaban otras regiones, aunque la forma que tomaba esta interacción permanece mayormente desconocida. Por otra parte, el contexto aporta información indirecta sobre las prácticas económicas de estos grupos, indicando posiblemente un mayor peso de las prácticas productivas. Por un lado, el análisis de isótopos

estables en los restos humanos permite inferir una dieta con gran peso de las proteínas y grasas animales, complementada con el consumo de plantas de tipo C3, como quinoa, tubérculos y calabaza (Olivera y Yacobaccio 1998). Por el otro, la presencia de morteros, artefactos generalmente empleados en el procesamiento de alimentos vegetales, podría estar reflejando una importancia creciente de la agricultura (Hernández Llosas 1998).

Por otra parte, las investigaciones en Antumpa produjeron evidencias tentativas de una posible ocupación a cielo abierto, contemporánea con el contexto de Pintoscayoc. En efecto, existen en Antumpa al menos dos montículos de origen artificial y las excavaciones desarrolladas en uno de ellos (Montículo 1), permitieron identificar una compleja estratigrafía, compuesta por una combinación de depósitos resultantes tanto de la ocupación directa del lugar, como de acumulación y redepositación secundaria. Es así que se obtuvieron fechados radiocarbónicos de 2860 ± 50 A.P. (LP-1897) y 2900 ± 80 A.P. (LP-1899) (Leoni *et al.* 2012:120) para muestras de carbón procedentes de las capas B y C, en ambos casos depósitos de espesor considerable que ocupan un lugar intermedio en la estratigrafía y que contienen una alta densidad de variados materiales culturales. Si bien supusimos inicialmente que podría tratarse de evidencias directas de ocupación correspondientes a este rango temporal, la identificación posterior de arquitectura y niveles de ocupación bien preservados por debajo y con fechados mucho más recientes, nos llevó a revisar esta interpretación inicial. Más bien, evidenciaría que las mencionadas Capas B y C contienen materiales de mayor antigüedad redepositados, tal vez producto de actividades tales como la construcción y/o relleno de alguno de los recintos hallados, así como otras actividades que implicaran el cavado de pozos o movimiento de sedimento.

Resulta claro que estas fechas radiocarbónicas no pueden interpretarse como evidencia directa de una ocupación en este rango temporal. Sin embargo, es sugestivo que los fechados sean plenamente coincidentes con el de Pintoscayoc, así como con otros obtenidos en cuevas y aleros ubicados en la Puna o borde de Puna (*e.g.* Inca Cueva alero 1 [Aschero *et al.* 1991; García 1996], Cueva de Cristóbal [Fernández 1988-89], alero Tomayoc [Lavallée *et al.* 1997]). Esto permite conjeturar que podría haber existido algún tipo de ocupación humana en Antumpa en esos tiempos en el lugar en que luego se formó el Montículo 1, aunque hasta el momento no hayamos identificado evidencias contextualmente claras de ello. Por lo tanto, evaluamos estos fechados como indicadores hipotéticos de ocupaciones a cielo abierto correspondientes a este rango temporal, aunque perturbadas por las posteriores ocupaciones del lugar.

Finalmente, incluimos en este rango temporal algunos de los conjuntos de grabados rupestres identificados en el tramo sur de la Quebrada de Chaupi Rodeo, a corta distancia al norte de Antumpa (Figura 3). Se trata principalmente de motivos mascariformes o de rostros humanos, y si bien su cronología absoluta no puede determinarse con certeza, su similitud con motivos típicos de finales del Arcaico y de comienzos del Formativo (*ca.* 3000-2500 A.P.) en el NOA (Aschero *et al.* 1991; Olivera y Podestá 1993; Aschero y Korstanje 1996; Hernández Llosas 2001) permite incluirlos, al menos tentativamente, en la discusión de la evidencia para este rango temporal. Se destaca el panel denominado Chaupi Rodeo 3, ubicado en un lugar altamente visible en un recodo del arroyo, sobre su margen derecha. Allí, sobre una roca vertical de superficie rojiza, a unos 2 m sobre el lecho actual de la quebrada, se hallan cinco caras o máscaras (una muy perturbada), realizadas raspando la pátina roja natural y dejando expuesto un trazo blancuzco que define las figuras. Los motivos

son simples y constan de cuatro trazos, correspondientes a las cejas y nariz, ojos y boca. Dos camélidos y un motivo geométrico completan la escena. La ubicación de este panel indica una intención de gran visibilidad, siendo claramente perceptible para cualquiera que transite por la quebrada. Otros conjuntos cercanos (*e.g.* Chaupi Rodeo 4, 5 y 6) han sido ejecutados a través de picado en la cara plana de rocas esquistasas de pequeño tamaño, y entre los motivos se incluyen un mascariforme similar a los anteriores, espirales, antropomorfos y camélidos (Figura 3). A diferencia del conjunto de mascariformes, estos conjuntos no han sido diseñados con la intención de conspicuidad. Ubicados en la cara plana superior de rocas dispersas, sólo son visibles si se pasa muy cerca de ellos.

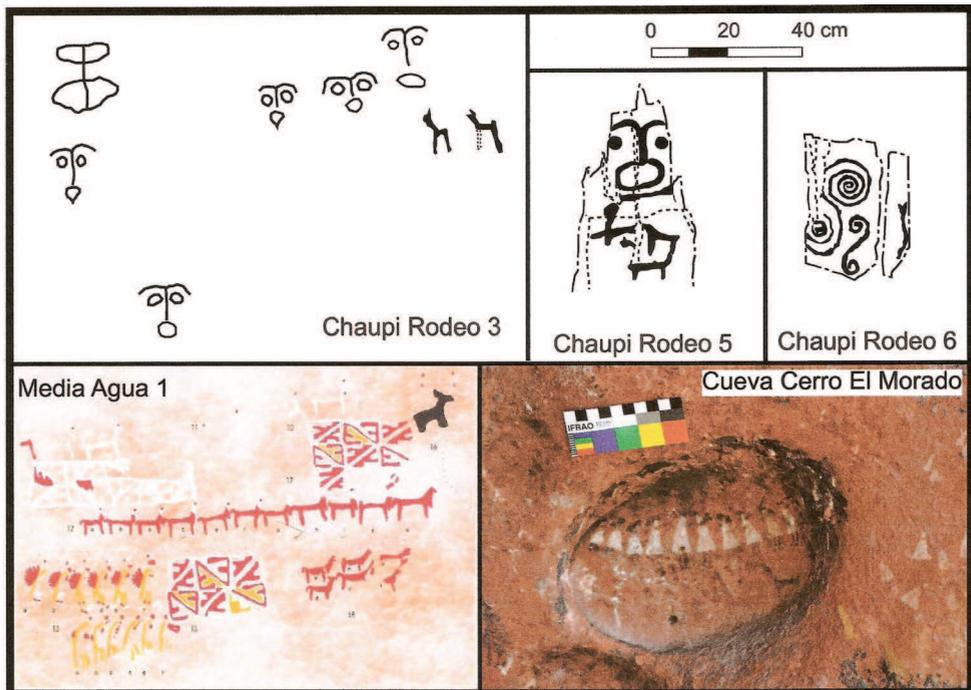


Figura 3. Arte rupestre de las nacientes de la Quebrada de Humahuaca: arriba, grabados de la Quebrada de Chaupi Rodeo; abajo izquierda, panel principal del Alero Media Agua 1; abajo derecha, escena de lucha en Cueva Cerro El Morado.

Rango *ca.* 1900-1800 A.P.

Para este rango las evidencias de ocupación humana en nuestra zona se limitan a un conjunto de representaciones rupestres en los sitios Media Agua 1 y Pintoscayoc 1, que integran la denominada Modalidad Estilística Media Agua (Hernández Llosas 1998, 2000, 2001). Las representaciones rupestres del primer sitio están mejor preservadas y consisten en un solo componente estilístico, integrado por hileras de antropomorfos estilizados de perfil, con detalles de vestimenta, emplumaduras dorsales y cefálicas, y ornamentos en pies y brazos (Figura 3). El personaje que encabeza una de las hileras porta un objeto interpretado

como una pipa. Camélidos con pecheras y composiciones geométricas complejas completan la escena (Hernández Llosas y Podestá 1983; Hernández Llosas 1998). Uno de los motivos antropomorfos fue fechado radiocarbónicamente en 1880 ± 110 A.P. (CAMS-25383) (Hernández Llosas *et al.* 1998). En cuanto al segundo sitio, las representaciones se sitúan en un sector muy bajo del alero, posiblemente a ras del suelo al momento de la ejecución, correspondiendo a antropomorfos estilizados tricolores (blanco, amarillo y rojo) dispuestos en dos hileras e idéntica morfología, técnica de realización y colores que los de Media Agua 1. Las excavaciones en ambos sitios no brindaron evidencias contemporáneas de ningún otro tipo, indicando que ambos emplazamientos sólo fueron utilizados en ese momento para la realización de las pinturas (Hernández Llosas 1998, 2001).

Adicionalmente, en las cercanías de la Quebrada de Cóndor, aunque no directamente en su cuenca, se encuentra la Cueva del Cerro El Morado (también conocida como Cueva del Indio o de Tres Cruces), descrita por Márquez Miranda (1952) y Fernández (2000a), cuya investigación hemos retomado recientemente. En este sitio, situado en una estrecha quebrada alta labrada en afloramientos rojizos de la Formación Pírgua y con abundantes montecillos de queñoa, hay representaciones muy detalladas de escenas de lucha entre hileras de antropomorfos ataviados con vestimentas de distintos colores, portando arcos y flechas y adornos dorsales (Figura 3). Camélidos de distintos tamaños y colores, y motivos geométricos completan las escenas. La semejanza con los motivos, unidad temática y técnicas de ejecución de la Modalidad Estilística Media Agua, en sitios muy semejantes entre sí por ubicación y emplazamiento, llevaron a Hernández Llosas (2001) a plantear su inclusión en dicha modalidad, junto con ejemplos presentes en otros sitios cercanos en los que las escenas de luchas y la asociación temática entre antropomorfos con armas, adornos dorsales y cefálicos, camélidos y motivos geométricos se repite consistentemente (*e.g.* Chayamayoc, Angosto de Hornaditas, Coctaca, Inca Cueva cueva 1, El Portillo).

Rango ca. 1600-1300 A.P.

Para este lapso temporal disponemos en nuestra área de estudio de un creciente corpus de información procedente principalmente del sitio Antumpa (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08; Leoni *et al.* 2012). Este componente del sitio incluye áreas de habitación de distintas características (recintos circulares y rectangulares, montículos), así como estructuras de posible uso agrícola, extendidas sobre la terraza del arroyo Chaupi Rodeo y el faldeo pedemontano adyacente. Si bien el trazado espacial del sitio en este momento parece haber sido el de una aldea o poblado disperso, presenta la peculiaridad de que el espacio habría estado marcadamente estructurado por la presencia de grandes conjuntos de canchones de cultivo construidos de manera muy regular (Figura 4). Esto último, junto con la gran representación de instrumentos líticos de posible uso agrícola (*i.e.* palas/azadas) en los contextos de excavación, indicaría que la instalación humana y la consecuente modificación de paisaje local habría estado centrada en gran medida en torno a la práctica de la agricultura.

Los recintos circulares y rectangulares, en general muy perturbados, se hayan dispersos entre las instalaciones de cultivo. El Recinto 2, una estructura circular de 7,70 m de diámetro emplazada dentro de un canchón rectangular, es el que produjo mayor variedad de evidencias,

permitiendo identificar dos ocupaciones (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08). La más antigua de ellas está relacionada con la construcción y uso original del recinto. El hallazgo de un contexto formado por tres palas/azadas líticas cubiertas con la base de una vasija cerámica invertida mostraría una dedicación a prácticas agrícolas por parte de sus ocupantes. El resto de los materiales recuperados incluye cerámica mayormente sin decoración y de probable uso doméstico, con la sola excepción de un apéndice modelado antropomorfo, con incisiones formando ojos, boca y cabellos (Hernández Llosas *et al.* 1983-85), así como varios fragmentos de rama horizontal de pipas cerámicas, de posible uso ritual. Las puntas de proyectil líticas son pequeñas, pedunculadas, con aletas y limbo triangular, similares a las descritas para momentos Formativos en diversas partes del NOA (Escola 1991). La ocupación posterior, por su parte, habría consistido básicamente en una reocupación temporaria del recinto para fines específicos (*e.g.* actividades de caza y/o pastoreo) y fue datada en 1360 ± 70 A.P. (LP-105; huesos de camélido) (Hernández Llosas *et al.* 1983-85:530), sin registrarse mayores cambios en los materiales culturales asociados.

Por el contrario, la excavación de otros recintos, circulares (*e.g.* Recintos 5 y 6) y rectangulares (*e.g.* Recinto 7), no produjo evidencias de ocupación significativas, indicando que habrían sido empleados con poca intensidad, tal vez funcionando como puestos de uso temporario relacionados con la práctica de la agricultura. Existen también en Antumpa sectores con material arqueológico en superficie aunque sin una asociación clara con estructuras bien definidas. La excavación en uno de ellos, ubicado dentro de un canchón, produjo evidencias de ocupación en estratigrafía que fueron fechadas radiocarbónicamente en 1606 ± 30 A.P. (Ua-43082; paja quemada; $\delta^{13}\text{C} = -22.1\text{‰}$).

Es la excavación del Montículo 1, una pequeña elevación artificial cerca de la actual barranca del arroyo Chaupi Rodeo (Figura 4), la que ha producido mayores evidencias de ocupación humana, incluyendo los restos parciales de al menos tres estructuras en su base (denominadas Recintos 4, 8 y 9). Estas estructuras están representadas por tramos de muros curvos y rectos, asociados con depósitos estratigráficos que corresponderían a los niveles de ocupación de estos recintos, dado que contenían áreas de combustión y abundantes materiales culturales. Los fechados radiocarbónicos obtenidos (1330 ± 70 A.P. [LP-1996; carbón]; 1360 ± 80 A.P. [LP-2122; carbón]; 1450 ± 60 [LP-2595; carbón]; 1530 ± 60 A.P. [LP-2265; carbón]) (Leoni *et al.* 2012:120) permiten plantear una contemporaneidad general entre los mencionados recintos, durante el primer milenio D.C.

Los materiales asociados con estos restos arquitectónicos han sido parcialmente analizados, y presentan tanto similitudes como diferencias con otros sitios contemporáneos del área de la Quebrada de Humahuaca (ver Leoni *et al.* 2012) (Figura 5). Entre las semejanzas podemos señalar la presencia de artefactos como puntas de proyectil triangulares pedunculadas pequeñas, palas/azadas líticas, fragmentos de pipas cerámicas, cuentas de collar o brazaletes de distintos materiales, la predominancia de cerámica ordinaria y de variantes rojas y marrón/negro pulidas, así como la composición del conjunto arqueofaunístico con amplio predominio de los camélidos. Aspectos que parecen más específicos de Antumpa, por otro lado, incluyen la ausencia de cerámica gris pulida (comúnmente conocida en la región como “Alfarcito Gris Pulido”) y de variantes pintadas bicolors o tricolors, así como de las grandes ollas tubulares o de piezas correspondientes a la Tradición San Francisco, que suelen constituir hallazgos corrientes en sitios contemporáneos de la Quebrada de Humahuaca (Palma y Olivera 1992-93; Olivera y Palma 1997). La presencia en Antumpa de cerámica

con decoración aplicada reticulada similar al denominado “Complejo Arasayal” de las tierras bajas salteñas (Dougherty *et al.* 1978; Ventura 1991) (Figura 5d), por otra parte, parece ser una característica única de este sitio, no habiéndose reportado hasta el momento hallazgos similares en otros sitios contemporáneos de la región.

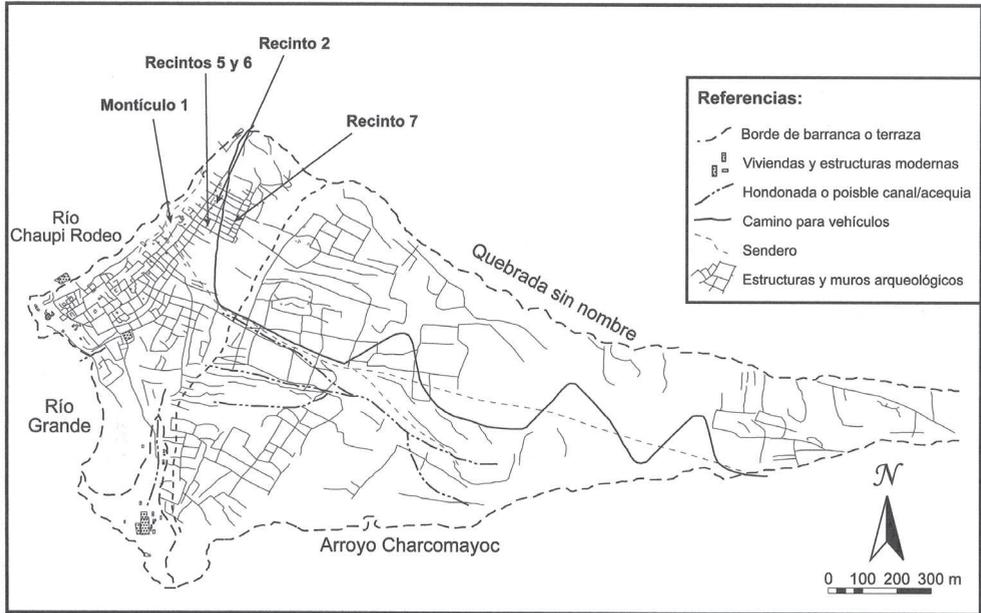


Figura 4. Plano general del sitio Antumpa.



Figura 5. Artefactos de Antumpa: a) rama horizontal de pipa cerámica; b) palas/azadas líticas; c) puntas triangulares pedunculadas de obsidiana y sílice; d) cerámica con decoración reticulada aplicada.

Este conjunto de estructuras localizado en la base del montículo podría haber constituido uno de los núcleos principales de la ocupación del sitio durante el primer milenio de la era cristiana, contemporáneo de otras estructuras tales como el Recinto 2. Sin embargo, a diferencia de este último, la ocupación de esta área fue continuada y más intensa. Los recintos originales fueron rellenados con sedimento y basura tras su abandono, y se construyeron nuevas estructuras (de las que se han identificado evidencias parciales) por encima de las más antiguas. Este proceso de sucesivas ocupaciones en el mismo lugar, desarrollado a lo largo de varios siglos, fue responsable de dar forma al montículo actualmente existente.

Finalmente, las probables instalaciones agrícolas prehispánicas de Antumpa se extienden desde el borde de la terraza del arroyo Chaupi Rodeo hacia el sector más alto del sitio, sobre al faldeo ubicado al este. Aquellas ubicadas en el sector más bajo del sitio forman conjuntos regulares de estructuras rectangulares, trapezoidales y cuadrangulares, de entre 20 y 30 m de lado, en directa asociación con las áreas de habitación arriba mencionadas. Las ubicadas en la parte más alta del sitio, por otro lado, son más grandes e irregulares, no observándose aquí recintos ni material arqueológico superficial en densidad significativa. Si bien es probable que estos vestigios conformen en conjunto un palimpsesto resultante de la ocupación humana del lugar desde tiempos prehispánicos hasta el presente, la vinculación directa de varios conjuntos de estructuras con recintos y áreas de ocupación tempranos nos inclinan a pensar que al menos parte de ellos puedan haberse construido y utilizado durante el primer milenio D.C., aunque, por supuesto, esto no obsta que hayan sido reutilizados, modificados y ampliados con posterioridad (Leoni 2007; 2007-08).

CRONOLOGÍA LOCAL Y PROCESO CULTURAL REGIONAL

La información actualmente disponible para la Quebrada de Humahuaca y sus áreas inmediatamente aledañas es extremadamente fragmentaria, lo que dificulta la caracterización precisa del proceso cultural ocurrido en los dos milenios considerados. Esto contrasta notablemente con el norte de Chile y con otras partes del NOA, donde ha sido posible construir una interpretación detallada de procesos locales, identificando cambios diacrónicos relevantes. Para nuestro caso, la construcción de una secuencia local inevitablemente requiere la comparación e incluso la extrapolación de información de áreas mejor conocidas, buscando paralelos y similitudes. Sin embargo, esto debe hacerse con cautela para evitar pasar por alto las especificidades del caso de estudio particular y sin esperar que el mismo replique exactamente lo ocurrido en otras partes de los Andes Centro Sur.

3000-2800 A.P.: ¿Sociedades aldeanas en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca?

Las evidencias arqueológicas sugieren que se desarrolló un proceso de domesticación de camélidos en los Andes Centro Sur durante el Holoceno Tardío (*ca.* 4500-4000 A.P.), específicamente en ambientes de Puna. Diversas evidencias halladas en sitios como Huachichocana III (Yacobaccio 2001), alero Tomayoc (Lavallée *et al.* 1997), alero Unquillar (Yacobaccio 2001), parecen sustentar esta proposición para las tierras altas jujeñas. El desarrollo de la agricultura en el NOA, por otra parte, es mucho menos conocido, aunque

se han registrado también evidencias de uso de vegetales domesticados en cuevas y aleros de Jujuy alrededor del año 4000 A.P. (e.g. Inca Cueva 7 [Aschero y Yacobaccio 1995]).

Más allá del valor indudable de estas evidencias, no es claro aún si implican una economía agropastoril plenamente consolidada o más bien documentan un largo proceso de transición gradual desde prácticas cazadoras-recolectoras a economías productivas. Si se suele considerar el año 3000 A.P. como los comienzos del Formativo en la zona, es porque se han hallado varios contextos que muestran la presencia de cerámica por primera vez alrededor de esta fecha. Es entonces la aparición de este elemento tecnológico lo que básicamente se emplea a nivel arqueológico como indicador del cambio cultural, aún a pesar que las evidencias de cambios en las prácticas de subsistencia hacia modalidades productivas son indirectas o incompletas, y a pesar que discusiones recientes han coincidido en cuestionar la validez de este criterio tecnológico como indicador del surgimiento de sociedades del tipo Formativas (Lumbreras 2006; Staller 2006; Delfino *et al.* 2009; entre otros).

Para el rango 3000-2800 años A.P. la evidencia de ocupación humana más firme proviene de cuevas y aleros en quebradas altas y Puna, tales como Pintoscayoc 1 (ver más arriba), Inca Cueva alero 1 (Aschero *et al.* 1991; García 1996), Cueva de Cristóbal (Fernández 1988-89; Fernández *et al.* 1992; Hocsmán *et al.* 2010), cueva El Portillo (Fernández 1997), alero Tomayoc (García 1996; Lavallée *et al.* 1997) y Morro del Ciénego Chico (Yacobaccio *et al.* 2001) (aunque en este último caso se trata de la inhumación de la cabeza de una mujer ligeramente posterior, fechada en 2750 ± 100 y 2460 ± 60 A.P. [Yacobaccio *et al.* 2001]). El uso de estos sitios fue en general breve y específico, en muchos casos vinculado con actividades de tipo ritual, tales como los entierros de partes esqueletarias humanas o la ejecución de arte rupestre. Las evidencias de uso doméstico de estos sitios suelen ser escasas, y también apuntan a un uso limitado, estacional o vinculado con prácticas económicas muy específicas (pastoreo, caza, tránsito entre zonas ambientales). Para todos estos sitios se ha planteado la articulación funcional con bases residenciales permanentes o semi-permanentes a cielo abierto, presumiblemente ubicadas a niveles altitudinales más bajos, en fondos de quebradas más aptos para la práctica de la agricultura (Fernández 1988-89, 1997; García 1996; Lavallée *et al.* 1997; Hernández Llosas 1998, 2000; Hocsmán *et al.* 2010). Sin embargo, las investigaciones no han tenido éxito en identificar este tipo de sitios aún. Sólo algunas evidencias en extremo fragmentarias, tales como estructuras muy perturbadas en Alto Zapagua (García 2003; García y Fernández 2008) y los fechados tempranos descontextualizados de Antumpa, podrían constituir los inciertos vestigios de estas supuestas bases residenciales aldeanas. No han sido detectadas tampoco evidencias de asentamientos aldeanos en la Puna jujeña aún, pero es significativo que al parecer sí existían ya grupos aldeanos en las yungas y valles orientales, como lo indican algunos hallazgos tempranos relacionados con la Tradición San Francisco (Dougherty 1975; Fernández Distel 1994; Ortiz 2003). Lo mismo ocurría en el norte de Chile, donde existen evidencias claras de procesos de desarrollo y consolidación de la vida aldeana en una diversidad de zonas ambientales hacia el año 3000 A.P., con raíces claras en el Arcaico previo y alcanzando niveles de complejidad notables hacia ca. 2500-1500 años A.P. (Núñez *et al.* 2006; Adán y Urbina 2007).

La escasez de este tipo de evidencia arqueológica en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca puede deberse a varias razones: en primer lugar, la actuación de procesos geomorfológicos (remoción en masa, sedimentación, erosión) que han destruido u ocultado la mayoría de los sitios, especialmente los ubicados en los fondos de quebrada cercanos a

curso de agua, terrenos más favorables para la práctica de la agricultura. Las cuevas y aleros, por el contrario, constituyen un espacio más protegido para la evidencia arqueológica y de ahí su mayor representación en el registro. Esto los convierte en fuentes de información valiosa aunque sesgada, representativa sólo de una parte muy reducida de la gama de prácticas sociales de los grupos humanos de esos momentos.

Por otro lado, y aún considerando los procesos de transformación arriba mencionados, una baja densidad demográfica original podría también contribuir a explicar la baja visibilidad arqueológica actual. En efecto, es necesario pensar también la posibilidad de que las formas de organización social y uso del espacio hacia el año 3000 A.P. no necesariamente coincidan con lo esperable según los modelos interpretativos empleados actualmente o con la secuencia de desarrollo documentada para el norte de Chile u otras partes del NOA. Por lo tanto sería necesario tener en cuenta formas de asentamiento alternativas, tales como pequeños sitios o estancias rurales habitadas por unidades domésticas, dispersas sobre amplias extensiones y con dependencias como puestos de pastoreo o campos de cultivo en otros lugares específicos, pero sin que existieran necesariamente nucleamientos de tipo “aldeano” propiamente dichos. De ser así, se explicaría en parte la infructuosa búsqueda de las “aldeas del 3000 A.P.”. Así, formas de ocupación dispersas y de baja densidad demográfica, sumadas a la actuación posterior de intensos procesos de transformación geomorfológicos, limitarían en gran medida la posibilidad de acceder arqueológicamente a los vestigios de estas sociedades.

Restringidos como son, los hallazgos disponibles brindan algunos datos acerca de la organización y funcionamiento de estas sociedades. En relación a los aspectos económicos, se suele deducir de manera indirecta la importancia de las prácticas productivas. Si bien es notorio el predominio de los restos de camélidos en los conjuntos faunísticos de los sitios conocidos, la dificultad para distinguir camélidos domésticos de silvestres no permite determinar con certeza qué grado de importancia real había alcanzado el pastoreo en estos momentos. Las evidencias en este sentido provienen fundamentalmente del análisis de paleodietas humanas a través de isótopos estables, que en los pocos casos analizados indicarían dietas compatibles con la actividad pastoril (Olivera y Yacobaccio 1998). Estos estudios también apuntan al consumo de plantas domesticadas (quinoa, tubérculos), algo también sugerido por los análisis realizados sobre la cerámica de Cueva de Cristóbal (Fernández *et al.* 1992), y tal vez también por el énfasis otorgado a artefactos de procesamiento de alimentos vegetales en un contexto simbólicamente cargado como el entierro de Pintoscayoc 1. Si bien estos datos apuntarían a una importancia creciente de las prácticas productivas en la subsistencia, su caracterización como sociedades plenamente agropastoriles parece, en el estado actual del conocimiento, incierta. No debería descartarse la existencia de una combinación de estrategias de subsistencia que integrara las prácticas productivas con la caza y la recolección, y que esto tuviera su correlato en formas de asentamiento y uso del espacio que implicaran la dispersión de la gente en el paisaje y su agregación episódica o estacional, en función por ejemplo de las necesidades de la agricultura, el pastoreo, la explotación de ciertos recursos silvestres o la realización de rituales o ceremonias religiosas integradoras que permitieran formar y mantener redes extensas de relaciones sociales.

En términos tecnológicos se observa tanto una continuidad en la distribución de ciertos tipos de materiales (*e.g.* puntas de proyectil triangulares pedunculadas), como especificidades locales, como en el caso de la cerámica. En este último caso, predomina la variabilidad, tratándose las variantes identificadas hasta el momento de alfarerías de manufactura local

de uso generalmente utilitario (Fernández *et al.* 1992; García 1996), lo que contrasta notablemente con el puco hallado en el contexto funerario de Pintoscayoc 1, de posible procedencia no local (Acevedo 2010). Sumado a otras evidencias de Pintoscayoc y otros sitios, esto confirma la existencia de acceso a bienes de otras regiones, incluso distantes geográficamente, continuando con una tendencia ya evidenciada entre los grupos cazadores-recolectores que habitaron la región con anterioridad. Sin embargo, no existen evidencias que permitan discernir si se trataba de intercambios directos, de bienes intercambiados como parte de vínculos de parentesco real o ficticio, de un incipiente tráfico caravanero, de movimientos de personas o grupos entre las distintas regiones, o incluso de un cierto control vertical de zonas ecológicas complementarias. En todo caso, la evidencia arqueológica disponible parece documentar la existencia para estos momentos de la secuencia de un conjunto de localidades, de baja densidad demográfica pero interconectadas directa o indirectamente, ocupando una amplia extensión geográfica que comprendía zonas ambientales distintas.

Finalmente, el arte rupestre aporta también indicadores significativos. El énfasis en las representaciones humanas que caracteriza este momento (encuadradas en el denominado Grupo Estilístico B) ha sido interpretado como un correlato de los cambios en la estructura social de los grupos en este momento, al ampliarse y reestructurarse las unidades sociales y surgir nuevas formas de agregación (Aschero *et al.* 1991). En esta misma línea, es significativa también la amplia distribución de los motivos de máscaras o rostros humanos, algunos muy similares a los de Chaupi Rodeo, en sitios cercanos como el Angosto de Rodero (Fernández Distel 1992-93) o Playa Colanzulí (Fernández 2000b), y en diversos sitios de la Puna jujeña (*e.g.* Peñón de las Máscaras, Cerro Torre, Cerro Bayo y Barconte [Fernández Distel 1998]). Estos motivos son generalmente interpretados como expresiones materiales de ancestros (Aschero y Korstanje 1996; García Azcárate 1996), y su presencia podría reflejar la consolidación de grupos de descendencia vinculados a territorios específicos. Sin embargo, la estricta correlación cronológica entre motivos rupestres y restos de ocupaciones en cuevas y a cielo abierto es algo que debe refinarse, si es que quieren establecerse interpretaciones culturales sólidamente fundamentadas.

En suma, los escasos indicios arqueológicos disponibles para estos momentos, combinados con la acción de intensos procesos de transformación, naturales y antrópicos, no permiten plantear con certeza la existencia de lo que tradicionalmente se define como sociedades aldeanas agropastoriles. Sin embargo, existe también la posibilidad de que la organización social, económica y espacial de estos momentos haya consistido en formas que no necesariamente estarían bien descritas por el modelo aldeano agropastoril tradicional. Existen esquemas teóricos (*e.g.* “sociedades de nivel familiar” [Johnson y Earle 1987]) y casos de estudio arqueológicos (*e.g.* Wills y Windes 1989) que plantean formas de organización social de baja demografía, basadas en unidades sociales reducidas y mayormente autónomas, que se reúnen o agregan ocasionalmente, con fines rituales, económicos y sociales, aunque manteniendo siempre una flexibilidad notable en su estructura social. En este cuadro general, la adopción de prácticas económicas productivas no produce por sí misma un cambio hacia formas de organización social más complejas que las existentes en momentos precedentes. Esta agregación episódica puede incluso generar sitios similares en extensión y trazado a aldeas de ocupación permanente, por lo que la interpretación de un sitio como tal debería hacerse sólo tras una investigación intensiva, algo no siempre posible en nuestro medio. El registro arqueológico de localidades interconectadas arriba descrito podría tal vez reflejar formaciones

sociales de este tipo, aunque tampoco lo aquí planteado deja de ser un ejercicio de inferencia teórica. Sólo con más evidencias empíricas podrá resolverse esta cuestión y profundizarse el conocimiento de los grupos que habitaron la región en los inicios del primer milenio A.C.

2100-1100 A.P.: Radicación aldeana y transformación del entorno

Si bien al presentar más arriba la información de nuestra área de estudio distinguimos dos rangos temporales durante el lapso del primer milenio D.C. (ca. 1900-1800 A.P. y 1600-1300 A.P.), el estado actual del conocimiento arqueológico a nivel regional no permite diferenciarlos claramente todavía como momentos discretos de un proceso cultural general. Es por esta razón que nos vemos forzados a discutir provisoriamente la información regional correspondiente al primer milenio D.C. como un conjunto único, aunque esto no implica suponer que no se hayan producido cambios durante ese extenso lapso temporal. Es de esperar que con la futura ampliación de las investigaciones a nivel regional y la disponibilidad de nueva información empírica se puedan llegar a identificar con mayor precisión cronológica instancias de cambio sociocultural dentro de este lapso, así como a establecer relaciones más precisas entre las distintas secuencias locales y el proceso cultural regional general.

El comienzo de la “radicación aldeana” (*sensu* Scattolin 2010) en la región parece ubicarse varios siglos después del inicio del primer milenio A.C., aunque los reparos planteados anteriormente para momentos previos aplican también para este caso. La información disponible actualmente situaría la evidencia aldeana más antigua en la Puna jujeña, en el sitio Torre o Coch 39. Se trata de una pequeña aldea situada en la confluencia de los ríos Coranzulí y Las Burras, formada por varias estructuras circulares de piedra cuya excavación brindó fechados de 2140 ± 70 , 1835 ± 50 y 1350 ± 55 A.P. (Fernández Distel 1998). Más al norte, cerca de la frontera argentino-boliviana, La Quiaca Vieja se compone de varias estructuras monticulares producto de la habitación continuada con viviendas de adobe o tapia, con fechados obtenidos de un nivel de ocupación inferior de 1810 ± 140 , 1780 ± 100 y 1570 ± 110 A.P. (Krapovickas 1987-88; Albeck y Zaburlín 2008).

Evidencias fragmentarias procedentes de Alfarcito y Estancia Grande indicarían un proceso similar en el ámbito del sector medio de la Quebrada de Humahuaca en momentos aproximadamente comparables. En Alfarcito, se logró fechar un nivel de ocupación identificado en un perfil expuesto en 2020 ± 100 y 1970 ± 70 A.P. (Zaburlín *et al.* 1996; Tarragó y Albeck 1997), mientras que en Estancia Grande la excavación de un basal removido por una construcción posterior produjo fechados de 1510 ± 70 y 1900 ± 60 A.P. (invertidos estratigráficamente) (Palma y Olivera 1992-93; Olivera y Palma 1997). Si bien se deduce que en ambos casos se trataba de aldeas o poblados dispersos similares a los existentes en otras partes del NOA, al tratarse de excavaciones limitadas en sitios multicomponentes con intensa reocupación Tardía resulta muy difícil definir realmente cuál era la extensión y el trazado de estos sitios a comienzos de la era cristiana.

En efecto, el hecho de que tanto en la Quebrada de Humahuaca como en la Puna jujeña los restos tempranos suelen aparecer en los niveles inferiores de las excavaciones de sitios multicomponentes o en perfiles expuestos accidentalmente, dificulta notablemente obtener una visión de conjunto de estos contextos arqueológicos y discernir con cierta precisión características de tamaño, trazado y variedad de estructuras de las supuestas aldeas, obligando

a recurrir a la comparación con partes del NOA mejor conocidas. En conjunto, las fechas aludidas resultan ligeramente posteriores a lo identificado en otras zonas del NOA, donde existen evidencias de aldeas a partir de la mitad del primer milenio A.C. (Albeck 2000; Olivera 2001; Scattolin 2010), aunque no puede descartarse que futuras investigaciones obtengan fechas más tempranas, más acordes con el contexto regional general.

Los conjuntos materiales adquieren características distintivas, mostrando la distribución espacial amplia de ciertos artefactos como las puntas de proyectil triangulares pedunculadas, palas/azadas líticas, pipas cerámicas y cerámicas monocromas ordinarias y más finas, con terminación pulida (grises, rojas, ante, marrón), aunque con una amplia variabilidad en los respectivos conjuntos, supuestamente por influencia tanto de los materiales disponibles como de las predilecciones locales. A diferencia de los valles mesotermiales del sur del NOA, no son comunes los estilos cerámicos policromos de alta factura técnica, aunque variantes finas de cerámica San Francisco y del norte de Chile aparecen en varios sitios de quebrada y Puna, sugiriendo una profundización de las interacciones interregionales ya evidenciadas desde principios del primer milenio A.C.

Este cuadro básico persiste durante la mayor parte del primer milenio D.C., con supuestas aldeas dispersas en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca, la Puna jujeña y la vertiente oriental, con una amplia distribución de ciertos tipos de artefactos pero al mismo tiempo una gran variación tanto inter como intra categorías artefactuales (Olivera y Palma 1997:84), tal vez reflejo de un paisaje social regional caracterizado por la existencia de múltiples identidades locales, aunque compartiendo un amplio repertorio de prácticas culturales y simbólicas básicas. Si bien hay una mayor disponibilidad de evidencias hacia mediados y finales del milenio, sumándose los hallazgos de sitios como Antumpa (ver más arriba), Tilcara/Malka (Mendonça *et al.* 1991, 2002; Rivolta y Albeck 1992; Rivolta 1996; Bordach *et al.* 1999; Nielsen 2001; Instituto Interdisciplinario de Tilcara [IIT] 2010) y Vizcarra (Nielsen 2001), esto debe interpretarse con precaución. En efecto, esta situación no puede traducirse directamente en evidencia de crecimiento demográfico o de un cambio socioeconómico, sino que puede en buena medida ser producto de sesgos resultantes de la preservación arqueológica diferencial o de la escasez de investigaciones. Por otra parte, tanto Estancia Grande y Alfarcito como Antumpa mostrarían la importancia que empiezan a adquirir las instalaciones de cultivo. Si bien la datación precisa de este tipo de estructuras arqueológicas es metodológicamente problemática, parece seguro inferir que estos sitios evidencian el inicio de un proceso de modificación del entorno y de construcción de paisajes agrícolas, que se consolidaría durante el transcurso del primer milenio d.C. y momentos posteriores.

Los sitios en cuevas y aleros siguen mostrando durante este lapso un uso esporádico y específico, relacionado sobre todo con la explotación de recursos animales y el tránsito entre zonas ambientales diferentes (Lavallée *et al.* 1997; Fernández Distel 1998). Varios de ellos presentan representaciones rupestres asignables a la Modalidad Estilística Media Agua, aunque no se dispone de fechados absolutos (exceptuando el de Media Agua 1), ni de evidencia en estratigrafía relacionada directamente con ellas (Hernández Llosas 1998, 2001).

En las yungas y valles orientales continúa consolidándose la denominada Tradición San Francisco, expandiendo su dispersión territorial por fuera de su núcleo original, como lo indica la evidencia de ocupación del sitio Volcán, en el sector sur de la Quebrada de Humahuaca, datada en 1940 ± 40 y 1940 ± 70 A.P. (Garay de Fumagalli y Cremonte 2002), aunque no se registran hallazgos significativos más allá de la mitad del primer milenio d.C.

(Ortiz 2003). Al norte del área de la Tradición San Francisco, más cercana geográficamente a nuestra área de estudio, el panorama arqueológico sigue siendo poco conocido. En el área del río San Andrés (afluente del Bermejo, Salta), al oriente de las Serranías de Zenta, existen evidencias de ocupaciones tempranas en el sitio multicomponente de Antiguito, de donde se obtuvo un fechado de 2020 ± 170 A.P., aunque la investigación aún no ha permitido caracterizar con precisión a estas ocupaciones y los materiales asociados (Ventura 1991). Para los sectores altos de los valles de los ríos Iruya y Nazareno (Salta), Bennett y colaboradores (1948) definieron el llamado “*Iruya Complex*”, originalmente ubicado entre el 900 y 1500 D.C., aunque definido por algunos rasgos distintivos que suelen ser típicos de contextos más tempranos en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca (*e.g.* grandes ollas tubulares, palas líticas, habitaciones de planta circular o elíptica, cuadros de cultivo simples), lo que hace pensar que esta categorización tipológica pueda incluir tanto elementos cronológicamente tardíos como tempranos. Finalmente, el hallazgo en Antumpa de cerámica con decoración aplicada reticulada, característica del denominado “Complejo Arasayal” (Dougherty *et al.* 1978; Ventura 1991) de las áreas de selva montana y pedemontana al oeste del río Bermejo, podría evidenciar interacciones entre los grupos que habitaban las nacientes de la Quebrada de Humahuaca con los de las yungas y las tierras bajas septentrionales, más que con el área nuclear de la Tradición San Francisco, ubicada más al sur.

Diversos aspectos de las sociedades que habitaron el ámbito general de la Quebrada de Humahuaca durante el primer milenio D.C. permanecen poco conocidos. Las limitaciones del registro arqueológico impiden profundizar en la inferencia de aspectos básicos de organización social y política. En efecto, se suele asumir que el lapso considerado corresponde a sociedades igualitarias, sin jerarquización ni centralización institucionalizadas, pero al no disponerse de investigaciones detalladas de sitios específicos es difícil evaluar los niveles de diferenciación interna expresados, por ejemplo, en el acceso y utilización de bienes suntuarios y no locales, así como sus variaciones a través del tiempo. Sólo los conjuntos de entierros hallados accidentalmente en Tilcara brindan alguna información al respecto, mostrando ciertas diferencias en tratamientos corporales (*e.g.* deformación craneana, modificaciones dentarias), ajuares y construcción de las tumbas (Bordach *et al.* 1999; Mendonça *et al.* 1991, 2002). No se han hallado aún contextos similares en otros sitios como para determinar si era ésta una situación extendida o específica a Tilcara/Malka, y correspondiente sobre todo a la segunda mitad del primer milenio D.C. Esto no permite interpretar con certeza estas diferencias, si realmente reflejan la existencia de diferenciación social y política entre grupos o individuos y, de ser así, si se trata de diferencias efímeras o institucionalizadas.

Las mismas limitaciones aplican para el entendimiento de los aspectos rituales y simbólicos de estos grupos. Si bien los aleros y cuevas, y el arte rupestre hallado en ellos, aportan algunos datos importantes, no parecerían en general constituir el locus de rituales comunitarios o suprafamiliares de gran audiencia, sino más bien de eventos de un carácter más íntimo y restringido. Es posible que se llevaran a cabo variadas prácticas rituales en los poblados y lugares residenciales, fundamentalmente a nivel de las unidades domésticas, tal vez con el propósito de reforzar la integración y continuidad de estas unidades sociales. Esto podría ejemplificarse con enterratorios en el interior de patios y viviendas (de los que hay escasos ejemplos conocidos, sin embargo), y el consumo de alucinógenos con pipas cerámicas, halladas con cierta regularidad en sitios de estos momentos. Por otro lado, al no disponerse de plantas completas de sitios resulta difícil determinar la existencia de

espacios públicos que sirvieran de escenario a rituales comunitarios religiosos y/o políticos, o la segregación espacial de sectores ceremoniales específicos, tales como cementerios, montículos o estructuras especiales (como ocurre en Tulán 54 [Chile], El Mollar en Tafi o las aldeas ceremoniales de Alamito). Sin embargo, su existencia no puede descartarse. Numerosos ejemplos etnográficos y modelos teóricos señalan cómo las sociedades aldeanas suelen desarrollar estructuras de relaciones suprafamiliares que vinculan a los grupos locales, interconectándolos en extensas redes de intercambio y apoyo personal, definidas y reforzadas a través de ceremonias específicas (*e.g.* Braun y Plog 1982; Bender 1985; Jonhson y Earle 1987; Hegmon 2010).

En suma, si bien se dispone de más información para este rango temporal, resulta claro que la misma es menor cuantitativa y cualitativamente que la existente para otras partes del NOA y los Andes Centro Sur. La configuración y consolidación de una organización aldeana pareciera fuera de discusión, aunque sus aspectos sociales, económicos y simbólicos específicos siguen siendo muy poco conocidos. Es posible también que haya existido una estructuración social compleja del territorio, en la que convivían tanto nucleamientos de tipo aldeano tradicional como formas más dispersas como las planteadas para el momento anterior. Estas sociedades podrían encuadrarse en su conjunto dentro de algunas de las variantes de las “sociedades de nivel de grupo local” de esquemas clásicos de evolución sociocultural (Johnson y Earle 1987). Sociedades de este tipo implicarían una mayor densidad demográfica que en el momento anterior, con la población organizada en grupos locales subdivididos en segmentos corporativos (tales como grupos de descendencia), con derechos de propiedad sobre territorios y capital productivo, e integrados supralocalmente por redes de intercambio basadas en ceremonialismo y distintas formas de liderazgo grupal. Sin embargo, las limitaciones del registro arqueológico impiden contrastar adecuadamente categorizaciones teóricas como estas en nuestra área de estudio, debiendo limitarnos por el momento a planteos hipotéticos o incluso a meras conjeturas.

Recién hacia fines del primer milenio D.C. comenzaría a producirse un cambio significativo, claramente visible arqueológicamente, que implica modificaciones sustanciales en la forma de instalación, el uso del espacio y la cultura material. En efecto, se inicia la tendencia a ocupar lugares más altos y con mayor visibilidad, con una mayor densidad de edificación y una aglomeración incipiente que se consolida con el paso del tiempo, con una separación espacial más clara entre áreas de habitación y actividades productivas. La cultura material, por su parte, muestra cambios en las formas y tipos de artefactos empleados, caracterizándose la cerámica por los estilos del llamado “componente Isla/Alfarcito” (Nielsen 2001, 2007). Numerosos sitios en la región presentan fechados radiocarbónicos en torno al año 1000 A.P. o ligeramente anteriores, aunque se los suele considerar como representantes de un momento cronológico/cultural posterior, por presentar algunas de estas nuevas características. Un caso de este tipo es el cercano Pueblo Viejo de La Cueva, en la Quebrada de La Cueva (Casanova 1933; Basílico 1992) (Figura 1). Se trata de un extenso sitio con estructuras de habitación rectangulares dispersas entre instalaciones de cultivo, del que se obtuvo un fechado de 1180 ± 50 A.P. (Basílico 1992). Esto haría probable cierta contemporaneidad con la ocupación de Antumpa arriba señalada, aunque el conjunto cerámico se caracteriza por la presencia materiales de tipo Isla Polícromo, más característico de momentos posteriores. De cualquier manera, dada la magnitud del sitio, no puede descartarse que haya estado ocupado desde momentos previos, plenamente contemporáneos con las evidencias de Antumpa.

Si bien todos estos cambios indican modificaciones notorias en las prácticas sociales y culturales de los grupos que habitaban la región, aún no es claro cuáles fueron las causas que desencadenaron este proceso. En todo caso, la situación parece contrastar claramente con otras partes del NOA como el Valle de Santa María, en donde este “cambio de escala” (*sensu* Scattolin 2010) se produce algunos siglos antes, mostrando el surgimiento de asentamientos con arquitectura y trazado parecido al de los sitios típicos del Tardío aunque con conjuntos materiales propios del Formativo. Por otra parte, no hay tampoco ninguna evidencia de la presencia de centros ceremoniales especializados y de una parafernalia material que indique un rol central de la religión en la organización política de la sociedad.

Las nacientes de la Quebrada de Humahuaca en el primer milenio D.C.: Discusión y potencial

En este marco general, nuestras investigaciones pasadas y en curso en el sector norte de Quebrada de Humahuaca aportan información significativa para caracterizar las sociedades del primer milenio D.C., y presentan un gran potencial para plantear hipótesis y profundizar líneas de investigación con respecto a distintos aspectos de esas sociedades. En particular, una mejor comprensión de características de la organización y dinámica social intragrupal y la evaluación de la existencia de competencia y conflicto intergrupales, así como aspectos diversos de la vida social, económica y simbólica de estos grupos.

Por un lado, Antumpa, al no haber sufrido una reocupación tan intensa durante el Tardío (a diferencia de Estancia Grande y Alfarcito, así como algunos sitios de la Puna jujeña), ni haber sido sepultada por la dinámica aluvial (como el caso del poblado de Tilcara/Malka), ofrece la posibilidad de estudiar el trazado espacial de un sitio de la época. Lo determinado hasta el momento no necesariamente replica lo conocido para otras partes del NOA que suelen usarse como ejemplos del típico patrón de asentamiento Formativo (*e.g.* Tafi). Así, el espacio en Antumpa parece estar rígidamente estructurado por conjuntos regulares de canchones de cultivo, y los núcleos de habitación combinar tanto recintos circulares y rectangulares aislados o en grupos, como montículos. Estos últimos resultan de gran interés y podrían ser el resultado de la reocupación continuada de ciertas partes del sitio y debería explorarse si jugaron también algún tipo de rol ritual. Si bien apenas estamos comenzando a comprender la historia de ocupación del sitio, esta variabilidad arquitectónica y espacial podría reflejar una intensa dinámica sociocultural intrasitio, tal vez fruto de cambios en la organización social y política experimentados por la comunidad a lo largo de varios siglos, incluyendo una diferenciación interna creciente (Leoni 2012).

Por otro lado, la Modalidad Estilística Media Agua ofrece información sugerente. La compleja asociación de motivos antropomorfos con adornos cefálicos y dorsales, grupos de camélidos y composiciones geométricas, ha sido planteada como un tema general con variaciones específicas a cada sitio, e interpretada como una forma de establecer marcas territoriales relacionadas con el control, fundamentalmente, de áreas de pastoreo por parte de comunidades en competencia. La popularidad que adquieren las escenas de lucha, con grupos de antropomorfos con vestimentas y adornos diferentes enfrentados entre sí, podría apuntar a la existencia de conflictos armados en estos momentos, por competencia por recursos, territorios u otros motivos (Hernández Llosas 1998, 2001). En efecto, modelos teóricos

clásicos (Johnson y Earle 1987; Hegmon 2010) han planteado que en las sociedades de nivel de grupo local la territorialidad suele estar cuidadosamente delimitada, correspondiéndose con la propiedad corporativa de los recursos productivos. No es casual en contextos de este tipo el surgimiento de competencia intergrupala, expresada en guerras ligadas a la defensa territorial, y el arte rupestre podría estar evidenciando esta situación.

Si bien la información contextual procedente de los sitios excavados es escasa como para corroborar la existencia en estos momentos de conflictos violentos en la región, algunas evidencias apoyarían por lo menos la presencia de cierto grado de violencia intra o intergrupala. Por ejemplo, los entierros de Tilcara incluyen individuos con golpes en el cráneo, así como un adulto masculino con una punta clavada en el talón izquierdo y otra punta de proyectil dentro de su cavidad torácica (Mendonça *et al.* 1991; Bordach *et al.* 1999). En Alfarcito, sector Los Colorados, Lafón (1957:54) identificó un individuo adulto enterrado dentro de un cántaro, con una punta triangular pedunculada de obsidiana, similar a las empleadas en estos momentos en la región, sobre la columna vertebral, probable causante de la muerte del individuo. Por otra parte, cabe también la posibilidad que las representaciones rupestres no fueran el reflejo de una realidad contemporánea, sino más bien relatos reproducidos materialmente en el curso de rituales realizados en las cuevas y aleros, o incluso la descripción de un evento histórico recordado y transmitido por vía gráfica. En todo caso, esta es una línea de investigación de gran importancia que esperamos profundizar en el futuro inmediato (Ross *et al.* 2008).

Finalmente, las investigaciones en curso en la Quebrada de Cóndor han permitido ubicar ya por lo menos dos sitios con potencial para profundizar diversos aspectos del conocimiento del lapso temporal considerado. El primero de ellos, Cóndor 2, ubicado en el tramo superior de la quebrada, es un posible poblado disperso sepultado por sedimentos aluviales y luego expuesto en el perfil de la barranca por la erosión hídrica. Se han identificado dos claros niveles de ocupación, el más antiguo de los cuales brindó un fechado de 1130 ± 70 A.P. (LP-2872; carbón; $\delta^{13}\text{C} = -24\text{‰}$) (Leoni *et al.* 2013), y cuya investigación permitirá generar nueva información sobre materiales y prácticas sociales de finales del primer milenio D.C., aportando potencialmente al entendimiento del “cambio de escala” ocurrido en esos momentos. La cueva Cóndor 1, ubicada a corta distancia al norte del anterior, posee gran potencial también, considerando la mayor visibilidad arqueológica del registro correspondiente a los dos milenios en estudio que presentan los aleros y cuevas de la región. Las observaciones preliminares permiten anticipar una adscripción temporal temprana para los niveles inferiores de su estratigrafía, aunque esto debe aún confirmarse con excavaciones. Por último, la continuación de investigaciones en sitios como la cueva del Cerro El Morado (Fernández 2000a) o Playa Colanzulí (Fernández 2000b), situados en las cercanías de Tres Cruces y caracterizados por su notable arte rupestre, permitirá explorar y profundizar algunos de los puntos planteados más arriba en relación al arte rupestre y su relación con diversos aspectos de las sociedades de este momento.

COMENTARIOS FINALES

El lapso temporal 3000-1000 A.P. vio en el NOA y los Andes Centro Sur el desarrollo de sociedades sedentarias con economías productivas, aunque las distintas secuencias locales

y regionales muestran una amplia variabilidad, tanto respecto a la cronología como a las configuraciones materiales y espaciales de este proceso general. Las sociedades que habitaron la Quebrada de Humahuaca y sus áreas aledañas parecen haber compartido muchas de las características generales con grupos contemporáneos del NOA, aunque también podrían haber desarrollado características específicas, vinculadas con su particular entorno ambiental y social, así como con su propia dinámica interna. Sin embargo, la evidencia empírica disponible sigue siendo fragmentaria, lo que no permite alcanzar un grado fino de precisión a la hora de caracterizar a estos grupos humanos y su devenir durante estos dos milenios. En este sentido, las investigaciones pasadas y en curso en las nacientes de la Quebrada de Humahuaca han producido información valiosa para una mejor comprensión de este proceso, y se espera que su continuación y profundización, permita generar un corpus de información mayor al presentado en este trabajo. Esto, a su vez, permitirá avanzar en la construcción de una secuencia local sólidamente basada, que aporte a llenar los diversos vacíos en el conocimiento existentes actualmente y, en definitiva, a un mejor entendimiento de los procesos culturales específicos ocurridos durante estos dos milenios en el ámbito general de la Quebrada de Humahuaca y áreas adyacentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acevedo, V.

2010 *Tecnología, uso y consumo de los conjuntos cerámicos del alero Pintoscayoc 1, Quebrada de Humahuaca, Jujuy*. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Adán, L. y S. Urbina

2007 Arquitectura formativa en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 34:7-30.

Albeck, M. E.

2000 La vida agraria en los Andes del sur. En *Nueva Historia Argentina: Los pueblos originarios y la conquista*, editado por M. Tarragó, pp. 187-228. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Albeck, M. E. y M. A. Zaburlín

2008 Aportes a la cronología de los asentamientos agropastoriles de la Puna de Jujuy. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIII:155-180.

Aschero, C. A. y M. A. Korstanje

1996 Sobre figuraciones humanas, producción y símbolos. Aspectos del arte rupestre del Noroeste Argentino. *XXV Aniversario del Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova*, pp. 13-31. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, FFyL, UBA, Tilcara.

Aschero, C. A. y H. D. Yacobaccio

1995 20 años después: Inca Cueva 7 reinterpretado. *Cuadernos del INA* 18:7-18.

Aschero, C., M. M. Podestá y L. C. García

1991 Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos en la Puna Argentina. *Arqueología* 1:9-49.

Basilico, S.

1992 Pueblo Viejo de La Cueva (Dpto. Humahuaca, Jujuy). Resultados de las excavaciones en un sector del asentamiento. *Cuadernos FHyCS-UNJU* 3:108-127.

Bender, Barbara

1985 Emergent tribal formations in the American Midcontinent. *American Antiquity* 50(1):52-62.

Bennett, W., E. C. Bleiler y F. H. Sommer

1948 *Northwest Argentina Archaeology*. Publications in Anthropology, vol. 38. Yale University Press, New Haven.

Bordach, M. A., L. B. Dalerba y O. J. Mendonça

1999 *Vida y muerte en Quebrada de Humahuaca. Antropología física prehistórica del sitio Til 20*. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

- Braun, D. P. y S. Plog
1982 Evolution of "tribal" social networks: theory and prehistoric North American evidence. *American Antiquity* 47(3):504-525.
- Buitrago, L. G. y M. T. Larran
1994 *El clima de la Provincia de Jujuy*. Cátedra de Climatología y Fenología Agrícola, Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Jujuy.
- Caria, M., M. M. Sampietro y J. M. Sayago
2009 Las sociedades aldeanas y los cambios climáticos. En *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo. Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, editado por F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez, pp. 217-224. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Casanova, E.
1933 *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva*. Anales del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia, Tomo XXXVII, Buenos Aires.
- Delfino, D. D., V. E. Espiro y A. R. Díaz
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.
- Dougherty, B.
1975 *Nuevos aportes al conocimiento del Complejo Arqueológico San Francisco (Sector septentrional de la Región de las Selvas Occidentales)*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Dougherty, B., H. Calandra y R. Crowder
1978 Arqueología en las Selvas Occidentales del norte. *Sapiens* 2:40-50.
- Escola, P. S.
1991 Puntas de proyectil de contextos Formativos: Acercamiento tecno-tipológico a través de cuatro casos de análisis. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II, pp. 175-184. Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago de Chile.
- Fernández, J.
1984 Variaciones climáticas en la prepuna jujeña intervalo 5.000-2.000 años a.p. de interés para la arqueología. *Anales del IANIGLA (Instituto Argentino de Nivología y Glaciología)* 6:73-82.
1988-89 Ocupaciones alfareras (2860 ± 160 años A.P.) en la cueva de Cristóbal, Puna de Jujuy, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVII:139-182.
1997 Arqueología de El Portillo (Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy) y la cerámica imbricada temprana en la región de la Puna. *Avances en Arqueología* 3:41-70.
2000a Escenas de guerra en el arte rupestre de la cueva del Cerro Morado, cerca de Tres Cruces, Jujuy. *Pacarina. Arqueología y Etnografía Americana* 1(1):86-117.

- 2000b Algunas expresiones estilísticas del arte rupestre de los Andes de Jujuy. En *Arte en las rocas*, editado por M.M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 45-61. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Fernández, J., H. Panarello y A. Ramos
- 1992 El análisis de elementos traza y de las relaciones entre isótopos estables del carbono en cerámicas del Temprano (3000 años AP) de la Puna jujeña, como indicadores de su manufactura autóctona y funcionalidad probable. *Cuadernos de la FHyCS-UNJU* 3:13-19.
- Fernández, D.
- 1973 *Catálogo de la malacofauna terrestre*. Monografías N° 4, Comisión de Investigaciones Científicas, La Plata.
- Fernández Distel, A.
- 1992-93 Noticias sobre un alero con "pisadas" y un grupo de máscaras grabadas, en la Puna jujeña. *Avances en Arqueología* 2:22-35.
- 1994 Noticia sobre el sitio arqueológico de Abra de Los Morteros y otros lugares de valor prehistórico en la región de Santa Bárbara (Jujuy, Rep. Argentina). En *De costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur*, editado por M.E. Albeck, pp. 255-300. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, FFyL, UBA, Tilcara.
- 1998 *Arqueología del Formativo en la Puna Jujeña (1800 A.C. al 650 DC)*. Colección Mankacén, Centro Argentina de Etnología Americana, Buenos Aires.
- Franco Salvi, V., J. Salazar y E. E. Berberían
- 2009 Reflexión teórica acerca del Formativo y sus implicancias para el estudio del valle de Tafí durante el primer milenio D.C. *Andes* 20:197-217.
- Garay de Fumagalli, M. y M. B. Cremonte
- 2002 Ocupaciones agropastoriles tempranas al sur de la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Chungara* 34(1):35-52.
- García, L. C.
- 1996 Asentamientos formativos y ocupaciones posteriores en cuevas y aleros del área de Azul Pampa (Jujuy). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo XXIII, pp. 63-75. San Rafael, Mendoza.
- 2003 Azul Pampa en etapas productivas. *Cuadernos FHyCS-UNJU* 20:15-35.
- García, L. C. y S. Fernández do Río
- 2008 La ocupación humana en la quebrada de Zapagua (Puna de Jujuy). En *Arqueología de las Tierras Altas de Argentina: evolución y cambio cultural*, editado por H. Muscio y G. López, pp. 19-32. BAR, Oxford.

García Azcárate, J.

1996 Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafi (Rep. Argentina). *Chungara* 28(1 y 2):159-174.

González, A. R.

1960 Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón. Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología, Córdoba* 1:303-331.

González, A. R. y J. A. Pérez

1972 *Argentina indígena, vísperas de la conquista*. Paidós, Buenos Aires.

Hegmon, M.

2010 The archaeology of tribal social formations: selections from American Antiquity and Latin American Antiquity. En *The archaeology of tribal social formations: selections from American Antiquity and Latin American Antiquity*, editado por M. Hegmon, pp. 1-7. Society for American Archaeology Press, Washington DC.

Hernández Llosas, M. I.

1998 *Pintoscaiyoc: Arqueología de quebradas altas*. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2000 Quebradas Altas de Humahuaca a través del tiempo: el caso Pintoscaiyoc. *Estudios Sociales del NOA* 4(2):167-224.

2001 Arte rupestre del noroeste argentino: orígenes y contexto de producción. En *Historia Prehispánica Argentina*. Tomo I, editado por E. E. Berberían y A. E. Nielsen, pp. 389-446. Editorial Brujas, Córdoba.

Hernández Llosas, M. I. y M. M. Podestá

1983 Las pinturas rupestres del Abrigo de los Emplumados, Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy. *Cuadernos del INA* 10:387-406.

Hernández Llosas, M. I., S. Renard de Coquet y M. M. Podestá

1983-85 Antumpa (Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy). Prospección, excavación exploratoria y fechado radiocarbónico. *Cuadernos del INA* 10:525-531.

Hernández Llosas, M. I., A. Watchman y J. Southon

1998 Fechado absoluto y análisis de pigmentos para las pinturas rupestres de Pintoscaiyoc (Departamento Humahuaca, Jujuy). *Estudios Sociales del NOA* 2(1):31-60.

Hernández Llosas, M. I., J. B. Leoni, M. López, R. Quinteros y M. Castro

2009 *Variaciones temporales en la ocupación humana del umbral entre tierras altas y bajas. Arqueología de las nacientes de la Quebrada de Humahuaca*. Proyecto PIP-CONICET N° 11220090100242, 2010-2012.

- Hocsman, S., A. D. Calisaya, A. A. Gerónimo y R. E. Pichón Figueroa
2010 Relevamiento y excavaciones sistemáticas en Cueva de Cristóbal (El Aguilar, Puna de Jujuy): resultados preliminares. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo IV/V, editado por J.R. Bárcena y H. Chiavazza, pp. 1569-1571. Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo e Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, CONICET, Mendoza.
- Instituto Interdisciplinario de Tilcara (IIT)
2010 *Documento: Rescate arqueológico Malka 2*. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. <http://tilcara.filo.uba.ar> (Visitado: 14 abril 2013).
- Johnson, A.W. y T. Earle
1987 *The Evolution of human societies. From foraging group to agrarian state*. Stanford University Press, Stanford.
- Korstanje, M. A.
2005 *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agro-pastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina)*. Tesis Doctoral no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto M. Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.
- Krapovickas, P.
1987-88 Nuevos fechados radiocarbónicos para el sector oriental de la Puna y la Quebrada de Humahuaca. *Runa* XVII-XVIII:207-219.
- Kulemeyer, J.
2005 *Holozäne Landschaftsentwicklung im Einzugsgebiet des Río Yavi (Jujuy/Argentinien)*. Tesis Doctoral no publicada, Universität Bayreuth, Bayreuth, Alemania.
- Lafón, C. R.
1957 Nuevos descubrimientos en El Alfarcito (Dep. de Tilcara – Prov. de Jujuy). *Runa* VIII:43-59.
- Lavallée, D., M. Julien, C. Karlin, L. C. García, D. Pozzi-Escot y M. Fontugne
1997 Entre desierto y quebrada. Tomayoc, un alero en la Puna. *Avances en Arqueología* 3:9-40.
- Leoni, J. B.
2007 Investigaciones arqueológicas en Antumpa y la Quebrada de Chaupi Rodeo (Depto. Humahuaca, Jujuy): contribuciones al estudio del período Temprano en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Revista de la Escuela de Antropología (UNR)* XIII:183-196.
2007-08 Revisitando Antumpa: Poblado temprano, paisaje agrícola. *Arqueología* 14:189-198.

- 2012 Variabilidad intrasitio como indicador de diferenciación social en un sitio Agroalfarero Temprano del sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Anuario de Arqueología (UNR)* 4:219-232.
- Leoni, J. B., J. Sartori, G. Fabron, A. Hernández y G. Scarafia
2012 Aportes al conocimiento de las sociedades aldeanas del Período Temprano en la Quebrada de Humahuaca: una visión desde Antumpa. *Intersecciones en Antropología* 13:17-131.
- Leoni, J. B., G. Fabron, D. Tamburini, A. Hernández y C. Brancatelli
2013 Arqueología de la Quebrada de Cóndor (Depto. Humahuaca, Jujuy): primeros resultados. Trabajo presentado al XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja.
- Lumbreras, L. G.
2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Márquez Miranda, F.
1952 En la Quebrada de Humahuaca, Argentina. *Separata del Congreso Internacional de Americanistas XXX*:101-109. Cambridge.
- Mendonça, O., M. A. Bordach, M. Rruiz y B. Cremonte
1991 Nuevas evidencias del Período Agroalfarero Temprano en Quebrada de Humahuaca. Los hallazgos del sitio Til20 (Tilcara, Jujuy). *Comechingonia* 8(7):29-45.
- Mendonça, O., M. A. Bordach, M. V. Grosso y L. D. Dalerba
2002 Ambiente, comunidad y comportamiento biosocial en el Formativo de Tilcara, Quebrada de Humahuaca. *Pacarina. Revista de Arqueología y Etnografía* 2:135-147.
- Muscio, H. J.
2009 El Formativo es una unidad de análisis inadecuada en la arqueología evolutiva del NOA. En *Arqueología y evolución: teoría, metodología y casos de estudio*, editado por G. López y M. Cardillo, pp. 197-214. Editorial Santa Bárbara, Buenos Aires.
- Nielsen, A. E.
2001 Evolución Social en la Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En *Historia Prehispánica Argentina*. Tomo I, editado por E.E. Berberían y A.E. Nielsen, pp. 171-264. Editorial Brujas, Córdoba.
2007 El Período de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca: aspectos cronológicos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V.I. Williams, B.N. Ventura, A.B. Callegari y H.D. Yacobaccio, pp. 235-250. Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro Sur, Buenos Aires.

- Núñez, L., I. Cartagena, C. Carrasco y P. de Souza
2006 El templete Tulán de la Puna de Atacama: emergencia de complejidad ritual durante el Formativo Temprano (norte de Chile). *Latin American Antiquity* 17(4):445-473.
- Olivera, D. E.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentín. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste argentino. En *Historia Prehispánica Argentina*. Tomo I, editado por E. E. Berberían y A. E. Nielsen, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.
- Olivera, D. E. y J. R. Palma
1997 Cronología y registro arqueológico en el Formativo Temprano en la región de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:77-99.
- Olivera, D. E. y M. M. Podestá
1993 Los recursos del arte: arte rupestres y sistema de asentamiento-subsistencia Formativos en la Puna Meridional argentina. *Arqueología* 3:93-141.
- Olivera, D. E. y H. D. Yacobaccio
1998 "Estudios de paleodieta en poblaciones humanas de los andes del sur a través de isótopos estables". *Boletín de la Asociación de Estudios de Paleopatología*, Universidad Complutense de Madrid, España. www.ucm.es/info/aep/boletin/actas/24.pdf (Visitado: 15 abril 2013).
- Ortiz, G.
2003 Estado actual del conocimiento del denominado complejo o tradición cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En *La mitad verde del mundo andino: investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 21-71. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, Argentina.
- Palma, J. R. y D. E. Olivera
1992-93 Hacia la contrastación de un modelo arqueológico para el Formativo regional en Humahuaca: el caso de Estancia Grande. *Cuadernos del INAPL* 14:237-259.
- Ramundo, P.
2012 Quebrada de la Cueva (Humahuaca, Jujuy): cronología, especialidad y cerámica arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVII(2):329-354.
- Ringuelet, R. A.
1961 Rasgos fundamentales de la zoogeografía argentina. *Physis* 22(63):151-170.

Rivolta, M. C.

1996 Calle Lavalle y Sorpresa: Aportes a la investigación arqueológica de la Quebrada de Humahuaca. En *XV Aniversario Museo Arqueológico Eduardo Casanova. Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, pp.129-135. Tilcara.

Rivolta, M. C. y M. E. Albeck

1992 Los asentamientos tempranos en la localidad de Tilcara: Sjuj Til.22 Provincia de Jujuy. *Cuadernos FCSyH-UNJU* 3:86-93.

Ross, J., D. Valenzuela, M.I. Hernández Llosas, L. Briones y C. Santoro

2008 More than the motifs: the archaeological analysis of rock art in arid regions of the southern hemisphere. *Chungara* 40:273-294.

Ruthsatz, B. y C. P. Movia

1975 *Relevamiento de las estepas andinas del noreste de la Provincia de Jujuy*. FECYC, Buenos Aires.

Salas, A. M.

1948 Un nuevo yacimiento arqueológico en la región Humahuaca. *Actas y Memorias del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 643-648. Paris.

Scattolin, M. C.

2010 La organización del habitat precalchaquí (500 a.C.-1000 d.C.). En *El hábitat pre-hispánico: Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M.E. Albeck, M.C. Scattolin y M.A. Korstanje, pp. 13-49. EdiUnju, Jujuy.

Staller, J. E.

2006 La domesticación de paisajes: ¿Cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños* 32:43-57.

Tarragó, M. N. y M. E. Albeck

1997 Fechados radiocarbónicos para el sector medio de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:101-129.

Uribe Rodríguez, M.

2008 El Formativo: ¿progreso o tragedia social? Reflexiones sobre evolución y complejidad social desde Tarapacá (Norte de Chile, Andes Centro Sur). En *Sed Non Satiata II: Acercamientos sociales en la Arqueología Latinoamericana*, editado por F.A. Acuto y A. Zarankin, pp. 303-324. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

Ventura, B.

1991 Síntesis de las investigaciones arqueológica en el sector norte de las Selvas Occidentales. *Arqueología* 1:51-73.

Wills, W. H. y T. C. Windes

1989 Evidence for population aggregation and dispersal during the Basketmaker III Period in Chaco Canyon, New Mexico. *American Antiquity* 54(2):347-369.

Yacobaccio, H. D.

2001 La domesticación de camélidos en el noroeste argentino. En *Historia Prehispánica Argentina*. Tomo I, editado por E.E. Berberían y A.E. Nielsen, pp. 7-40. Editorial Brujas, Córdoba.

Yacobaccio, H. D., C. Madero y M.C. Reigadas

2001 Inhumación de una cabeza aislada en la Puna argentina. *Chungara* 33(1):79-82.

Zaburlín, M. A., H. E. Mamani, S. R. Dip y M. E. Albeck

1996 S Juj Til-41: Alfarquito. Variaciones sobre un clásico. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13° Parte)*. Tomo XXV, pp. 71-86. San Rafael, Mendoza.